

II

La obra americanista de la Universidad de Oviedo.

CONFERENCIA EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA (1).

Sr. Rector de la Universidad: el Dr. Altamira tiene la palabra.

Doctor Rafael Altamira: Honorable señor Secretario de Instrucción pública y Bellas Artes; señor Rector de la Universidad; señores Decanos y Profesores; señoras; señores: Si no fuese un deber de cortesía, sería una exigencia irreprimible de mis sentimientos el que las primeras palabras que pronuncie desde esta Cátedra de la Universidad de la Habana, fuesen palabras de gratitud; palabras de honda, de profunda, de sincera gratitud. Las debo al Gobierno de la República de Cuba, en primer término, porque se ha

(1) El texto de esta conferencia se ha reconstruido, lo más aproximadamente posible, sobre la base de notas taquigráficas y se ha tomado de una revista habanera, que lo publicó.

anticipado á facilitar mi entrada en esta tierra y la ha rodeado de todas las delicadezas de su atención, para que yo no encontrase diferencias entre aquella que abandoné para esta empresa santa de fraternidad y esta tierra hermana de Cuba; las debo á la Universidad, que desde el primer instante me ha hecho sentir que yo era uno de los suyos, que yo era un compañero, que yo no era un desconocido ni un extraño, sino alguien que venía aquí á ocupar un puesto en la labor de la formación del espíritu cubano, si no con el mismo derecho de aquellos que han nacido en este país, con el mismo amor, os lo puedo asegurar, y con el mismo empeño de ser útil, que podría tener cualquiera de vosotros. (*Aplausos.*)

Las debo á esa juventud entusiasta que ha calentado mi espíritu con sus afectos, su adhesión sincera y espontánea; las debo á la sociedad toda cubana, que desde el primer instante me ha rodeado de tal género de halagos, de tal género de atenciones, que ha realizado el milagro de que lo futuro se haga presente y que no sea ocasión esta de hablar del día de mañana y de hacer augurios y votos por que mi permanencia en Cuba me sea grata, porque todo eso se ha realizado en un momento y puede decirse que he vivido toda mi permanencia en Cuba desde los primeros instantes en que pisé esta tierra. (*Aplausos.*)

Señores: La misión que me encomendó la Universidad de Oviedo no podría ser entendida, en lo que propiamente significa, con toda la precisión.

y con toda la claridad que nosotros deseamos, si yo no comenzara por evocar ante vosotros la situación especial por la que atravesó España en sus relaciones con las Repúblicas hispano-americanas durante un siglo: aquella situación de apartamiento, aquella situación de alejamiento entre unos y otros, perfectamente lógica por parte de los que habían creado su personalidad y habían tenido que crearla con violencias, rompiendo los lazos que la sujetaban, y que significó desconocimiento—modesta y humildemente lo confesamos—por parte de la madre patria, de los deberes que le incumbían, incluso, y quizá más que con todos, respecto de aquellos hijos que se emanciparon y empezaban á tener vida propia. En esta situación ha transcurrido un siglo, en el cual la vida intelectual de España y de los países hispano-americanos ha corrido por caminos diferentes, y en el cual España no ha hecho nada por que esta situación de apartamiento se rompiese, en forma sistemática, deliberada, que viniese á enlazar otra vez lo que se había roto de momento. Verdad es que ni sangre española, ni espíritu español dejó de venir á fecundar esta tierra durante todo ese tiempo, porque nosotros enviamos bien pronto nuestros emigrantes, que iban á trabajar las riquezas naturales de los territorios hispano-americanos, enviamos profesores, enviamos maestros, y no dejamos de enviar libros nuestros también; pero todo esto, ó respondía á un orden de la vida muy diferente del or-

den intelectual, ó eran esfuerzos aislados, sueltos, empujes espasmódicos, que no ligaban entre sí, y que no acaban de romper aquella costra de indiferencia, de hielo, que traía consigo el desconocimiento del valor real de las cosas, que había ido acentuándose día por día; y como los pecados llevan inmediatamente su penitencia, aquel pecado que cometíamos nosotros de mantener ese aislamiento por más tiempo del que hubieran aconsejado, incluso consideraciones de orden diplomático, llevó la penitencia de que alrededor del nombre y del espíritu español se levantasen fácilmente las leyendas que tendían á desconocer lo que había hecho y lo que seguía haciendo para el mundo.

Cierto es que la cuestión no se presentaba de igual modo respecto de Cuba; en primer lugar, porque apenas se ha producido aislamiento entre vosotros y nosotros; en segundo lugar, porque aquí la inmigración no ha sido tan compleja como en otras Repúblicas hispano-americanas, y el contingente español, con todo lo que representa, con todo lo que significa, con toda la obra admirable que ha efectuado en esta tierra, ha continuado siendo el principal, el más numeroso. Luego, porque aquí, quizá por ese mismo hecho de que el apartamiento ha sido menor, ha podido actuar durante menos tiempo la leyenda y no ha cobrado tantas alas, no se ha desarrollado en forma monstruosa, como la he encontrado en otros países hispano-americanos. Y, en fin, porque ese mismo

contingente de hombres españoles que vienen continuamente á trabajar con vosotros, ha sabido, aprovechando las condiciones afectuosas del espíritu vuestro, compenetrarse tan hondamente con vosotros mismos, que toda la labor provisional que necesitaría la Universidad de Oviedo para que fructificase la estricta obra intelectual que ella va á emprender, ó sea, la existencia previa de un acuerdo social, en el cual se borren las diferencias y los hombres se hermanen por aquello que une, y no se distancien por aquello que diferencia; todo eso, lo ha encontrado hecho, perfectamente hecho, en esta sociedad cubana, en la cual andan del brazo los nacidos en la tierra peninsular y los nacidos en la hermosa Isla, y hablan el mismo idioma, tienen los mismos gustos, los mismos ideales y los mismos amores. A pesar de esto, la necesidad persistía aquí como en otras partes, y la Universidad de Oviedo tuvo la conciencia del deber que le incumbía á ella, como representante de la vida intelectual y docente española, de romper esa situación, de acabar con ese equívoco, de hacer que terminase ese aislamiento. Y nació esa conciencia en ella, no por azar, no porque allí prendiese la semilla como hubiera podido prender en cualesquiera otra parte, sino porque es allí donde debiera haber nacido, ya que las cosas no ocurren sino en los sitios que tienen condiciones para que ocurran; y Oviedo, por un conjunto de circunstancias que la imaginación distraída llama «ca-

sualidad», y que el saber de la ciencia de los pueblos no se atreve todavía á bautizar (como ligeramente lo bautizaba la antigua filosofía) con nombre ninguno que suponga doctrina, hizo que allí, en tierra asturiana, floreciesen muchos de los americanistas más empeñados en esta labor de confraternidad y de conocimiento mutuo, y que allí se congregasen todos los que más ó menos modestamente habíamos tenido la misma preocupación y habíamos escrito acerca de la necesidad de emprender esta campaña; y por el conjunto de todas estas circunstancias, sirviéndonos mutuamente de sugestión los unos á los otros, fué haciéndose un depósito de hondas energías que no esperaban más que el momento para estallar y para fructificar en una obra práctica y positiva, y ese momento lo acaba de recordar el Dr. Dihigo: fué el momento de las fiestas del tercer Centenario de la Universidad, que hizo saltar la chispa é hizo lucir rápidamente, ante nosotros, como en relámpago, la visión de toda la obra que habíamos de emprender. Y fué—ahora sí quiero pronunciar la palabra—fué un dictado providencial de la historia el que un profesor de la Universidad de la Habana hiciera de causa ocasional en esto. Allí, en presencia suya—él lo recordará,—en uno de los banquetes en que quisimos testimoniarle toda la simpatía, todo el afecto, todo el amor que había despertado en nosotros, fué cuando, espontáneamente, sin llevar nada preconcebido respecto del asunto, el Rector de la Universidad

de Oviedo, contestando á una indicación del doctor Dihigo, se levantó y dijo: «Yo prometo en esta ocasión, solemnemente, que la Universidad de Oviedo irá á visitar á la Universidad de la Habana.» Desde aquel momento la obra americanista de nuestra Universidad empezaba á vivir. (*Aplausos.*)

Con esto, señores, la corriente sentimental estaba ya establecida. Nosotros teníamos la seguridad de que seríamos recibidos con afecto, con cariño, que encontraríamos ambiente para la obra nuestra.

Pero no basta esto; cierto es que el sentimiento constituye una de las fuerzas primordiales de la vida, á tal punto, que cuando la idea se queda en mera idea, viviendo en la esfera pura de la inteligencia, con toda la sequedad y con todos los ángulos cortantes que tiene esta vida, y no encarna en un fondo sentimental que haga vibrar hasta lo más hondo de nuestro corazón y lo traduzca en obra, la idea queda infecunda y no se realiza jamás. (*Aplausos.*)

Pero si es verdad que nos hace falta el sentimiento, si es verdad que no haremos nada en la vida si no lo amamos previamente, también es verdad que corremos riesgo, si dejamos que las cosas queden en puro sentimiento, de que se desvanezcan ó se esparzan y extiendan sus fuerzas infecundamente, en una pura explosión de sentimentalidad; y entonces pase, como un fuego fatuo, sobre la tierra, algo que ha de vivir eternamente.

Y sintiendo nosotros esto, es por lo que queremos precisar el pensamiento nuestro; traer, otra vez, del campo del sentimiento al campo de la inteligencia, la idea de nuestro viaje y de nuestra obra americanista, y queremos fijar esa obra en concepto, queremos razonar sus motivos, queremos convencer de sus fines, y queremos, sobre todo, evitar equívocos que una ligera inteligencia ó una malicia, tal vez, pudieran crear alrededor de la obra nuestra. Por eso es exigida la explicación que yo he de hacer esta tarde.

Y empiezo, señores, por fijar los caracteres que distinguen la obra americanista de la Universidad de Oviedo; y digo que el primero de estos caracteres es el de ser una obra universitaria y sistemática, con lo cual se diferencia de todas las obras individuales, de todas las iniciativas que no han procedido de un cuerpo docente. Y por eso, por ser la primera vez que una Universidad española va á llamar amorosamente á las puertas de las Universidades hispano-americanas, y la primera vez también, que (como en otros tiempos los buques españoles recorrían y daban la vuelta al mundo) una Universidad española ha dado la vuelta al mundo intelectual hispano-americano, por eso esta obra excluye, en absoluto, todo factor personal, y separa, al que es representante de la Universidad de Oviedo, de cualquiera cosa que no corresponda de una manera estricta á la representación que aquí trae. El dejó, al partir de la casa aquella, todo lo individual, para no ser más

que el delegado de un centro docente que tiene un programa pedagógico en el cual comulgan allí, felizmente, hombres de todas las procedencias y de todas las ideas, y que por eso puede ser programa colectivo y ser invocado por quien dejó, repito, á las puertas de la Universidad, cuando salió de ella, toda su significación individual. (*Aplausos.*)

Por esto mismo, por ser una obra universitaria, es, la que vengo realizando, una obra fundamentalmente docente, que se dirige, en primer término, á los centros docentes análogos, á las Universidades hermanas, á toda corporación, á todo grupo de hombres que se interesen por la obra de la educación general; ya que, felizmente, entre vosotros y entre nosotros, la Universidad no se preocupa sólo de la pura instrucción superior, sino que tiende también su amorosa mirada hacia la obra entera de la formación del espíritu nacional, preocupándose tanto del maestro primario, como de los Doctores y Licenciados.

Pero, con ser esto, hay que decir que se engañaría mucho quien entendiese que es obra de vanidad, que es obra de exhibición. La Universidad de Oviedo no quiere, no pretende enseñar nada; no viene á oficiar de maestro, no viene á mostrarse para que la admiren, ni ha enviado, para realizar su obra americanista, un hombre que busque lucir cualidades personales, que lleve dentro de sí ni el más leve deseo de reclamar un aplauso, una admiración, ni mucho menos la idea de

hacer, ante el público que acude por mera curiosidad á estas cosas, como la exhibición de un tenor que va á dar notas inverosímiles y que en eso estriba todo el éxito de su misión. (*Aplausos.*) La Universidad de Oviedo nunca pretendió enviar tenores; pero si hubiera pensado en ello, no hubiese sido, ciertamente á mí, á quien hubiese enviado. (*Risas.*)

Por las mismas razones, las conferencias, que en otros casos de acercamiento y de relaciones intelectuales entre los pueblos son un fin, en el caso presente son un medio y un medio entre muchos. Hay que dar conferencias, porque esta es la única manera de ponerse en comunicación con el gran público, porque es preciso decir las cosas ante grandes concurrencias, en las cuales prenda, por lo menos, el fondo substancial de la idea; pero las conferencias no significan más, para nosotros, que ocasiones aprovechadas por la Universidad de Oviedo para hacer declaraciones respecto de su obra, ó para daros á conocer lo que ella trabaja, lo que trabajan otros centros docentes españoles y cómo es el espíritu español en todo aquello que importa para darle títulos con que poder llamar á vuestras puertas y desvanecer algo de aquella leyenda de que os hablaba anteriormente.

Por último, señores, la obra de la Universidad de Oviedo en este respecto, como no es obra de vanidad, tampoco es obra patrioterá. Y esto hace falta que yo lo explique.

Pudiera creerse, que al venir una Universidad española á las Universidades hispano-americanas buscando el intercambio, buscando que suene aquí su voz y el eco de su espíritu, pretendemos *españolizar* la América hispana en el orden intelectual, haciendo que desaparezca, absorbida por la influencia nuestra, la nota propia y característica del espíritu de cada uno de estos pueblos. Esa creencia sería, si la hubiese, absolutamente falsa; en primer término, porque nosotros no venimos á pedir solamente que se nos abran las puertas de las Universidades hispano-americanas para que se escuche aquí la voz del espíritu español: pedimos también que los profesores de las Universidades hispano-americanas vayan á las nuestras, para que allí sea conocido, igualmente, el espíritu de vuestros pueblos. Nosotros no venimos sólo á dar y á reflejar sobre vosotros nuestras ideas, sino que venimos también á pedir os que vengáis á España para reflejar sobre nosotros vuestro espíritu y vuestra obra científica. (*Aplausos.*)

Y al propio tiempo que hacemos esta petición (que envuelve ya un cambio recíproco de influencias y excluye esa interpretación á que aludía antes), nosotros venimos á decir á los pueblos hispano-americanos—y yo fundamentaré esto después en otras consideraciones que se refieren á nuevos puntos del programa,—venimos á decirle: Mantened la obra propia, sed vosotros mismos con la más potente originalidad y virtuali-

dad con que podáis serlo, dando á la obra entera de la civilización humana lo más sano, lo más propio y personal que tengáis. (*Aplausos.*)

Y así como España, en vez de querer absorber con su influencia lo que constituye el fondo substancial del espíritu de vuestros pueblos, que tienen ya personalidad hecha (y la tienen incluso aquellos que la andan buscando á tientas, cuando la llevan hondamente en el fondo de su alma); al mismo tiempo que España, digo, no intenta en manera alguna borrar este carácter propio de los pueblos, no intenta tampoco, en lo que se refiere al intercambio, reducir y encerrar en un coto exclusivo las influencias que pueden servir para formar y enriquecer el espíritu hispano-americano, negándose á otros influjos que pueden ser fecundos y beneficiosos.

En primer lugar, el pretender esto sería loco y sería vano; pero es preciso decir, señores, que ni por un momento lo hemos pensado en España, y menos que nadie podía pensar esto la Universidad de Oviedo, por cuanto sus miembros, que se enorgullecen de ser un producto de la obra educativa de centros españoles, han fecundado su espíritu, sin recelo alguno, abriéndolo ampliamente á todas las influencias del mundo, yendo á colaborar y á estudiar con los profesores de todas las Universidades, cualquiera que fuese el idioma que hablasen y cualquiera que fueran las naciones á que pertenecieran.

Lo que nosotros pedimos aquí es un puesto al

lado de las demás influencias que tienen derecho á formar vuestro espíritu, un puesto nada más; y con esa petición, más bien que ejercer un derecho, cumplimos un deber, porque somos los más afines á vosotros en sangre y también en espíritu; porque hablamos vuestro mismo idioma, y ya en aquellos tiempos en que se condensaban los orígenes del espíritu alemán moderno, aquel gran profesor que se llamaba Fichte dijo cómo el lazo que unía á todos los hombres de un mismo sentido humano, era la lengua común hablada por todos ellos, y les decía: entended que una lengua no es sólo una colección de sonidos y de palabras distintas de los sonidos y palabras que usan otros pueblos: es toda una mentalidad, es una manera de ver la vida, es todo un sentido para la obra entera, espiritual y corporal del hombre, es lo que marca el sello indeleble de un pueblo en la obra de la civilización. (*Aplausos.*) Y como tenemos vosotros y nosotros ese fondo común, tenemos consiguientemente un deber especialísimo, superior á otro cualquier deber, y para cumplirlo venimos aquí á entendernos con vosotros. Ese fondo común traerá consigo como una consecuencia (que es al mismo tiempo condición de la obra misma) el que todas las ideas que concibe el espíritu de los pueblos de idioma ajeno al nuestro, al pasar por el molde del habla castellana las hagamos plenamente nuestras, por traducirse en palabras cuyo íntimo sentido, por encima del diccionario, aprende por intuición

imperiosa el niño desde que comienza á balbucear las primeras voces de su lenguaje, porque palpita en el fondo del espíritu nacional; y esas ideas, así comunicadas, serán mejor entendidas que cuando se nos comuniquen en un idioma extranjero. (*Aplausos.*)

Y esto no es orgullo ni vanidad: es el ser de las cosas. Y puesto que nos encontramos el campo preparado en esta forma, laboremos en él y aprovechemos todo lo que sea necesario aprovechar, para que luego la madre Humanidad no nos diga que somos holgazanes ó rezagados. (*Risas.*)

Por eso mismo, señores, por ese fondo común que hay en vosotros y en nosotros, por ese mismo sentido que tienen nuestra mentalidad y nuestra manera de ser, por eso mismo nuestros ideales, por encima de los puros límites de cada una de las naciones particulares que constituyen el mundo hispano-americano, se levantan á otras cosas más altas, se levantan á lo que es troncal, á lo que es ancestral en todos y en cada uno de nosotros sobre las diferencias que nos pueden separar; y por eso nosotros apeteceamos despertar ó fortalecer en el alma de los pueblos hispano-americanos la conciencia y el sentimiento de esa nota común y fundamental en la cual comulgamos todos, y qué es el sentido propio de nuestra obra civilizadora en el mundo. Sabido es que no son los pueblos, como entidades nacionales y políticas, los únicos grupos que se caracterizan en la Historia con notas de originalidad; no son sólo las

naciones, cada una de por sí en su pura individualidad, las que tienen una forma de civilización propia. En esfera más ancha, los grupos de pueblos que reconocen un tronco común, por cuyas venas corren gotas de sangre común también, constituyen un ambiente superior, en el cual la civilización se caracteriza de una manera precisa y exacta que la diferencia de la civilización de otros grupos humanos; y el grupo hispano tiene su nota propia, su sello especial, ha dejado en la Historia no sólo cosas perecederas, sino algo que es fundamental y continúa caracterizándolo profundamente en el concierto de las civilizaciones que se han repartido la obra común humana.

Y esto no lo decimos nosotros sólo, no lo reconocemos nosotros sólo en la introspección que cada uno pueda verificar en sí mismo, reconociendo en su espíritu la nota propia que lo diferencia del espíritu de otro hombre que pertenezca á un grupo diferente de civilización, sino que lo dicen también los de afuera. Lo decía, en son de desafío y en son de amenaza, el mismo Fitch, á quien yo recordaba antes, cuando separaba radicalmente, y de una manera dura para nosotros los latinos, el mundo germano del mundo latino que se formó sobre la base de la civilización romana. Y lo dijo aquel historiador alemán que siguió las huellas de Fitch, y es uno de los creadores de la ciencia histórica alemana, Gervinus, cuando hacía la misma distinción basando su estudio en hechos concretos de la historia europea

moderna. Y lo acaba de decir en otra forma, no en sentido de hostilidad, sino de simpatía y amistad, ese gran psicólogo del pueblo español, el inglés Havelock Ellis, que ha estudiado de la manera más profunda que yo he visto hasta ahora, los fundamentos íntimos, más fecundos y grandes del espíritu español, y nos señala notas perfectamente distintivas, que se extienden, en lo que es común, á todos aquellos pueblos á cuyo nacimiento hemos colaborado de alguna manera. Ahora bien; trabajando por la nota común, trabajando por la civilización hispana y, todavía más arriba, por la nota peculiar de la civilización latina, nosotros trabajamos por la humanidad; y así como hemos sacado primeramente de las estrecheces de la patriotería nuestra obra y la hemos elevado á un carácter generoso y amplio, y después la hemos sacado de aquí y la hemos elevado todavía más á la consideración de una obra que abraza diferentes naciones, cada una de las cuales tiene su independencia y nota propia, ahora la vamos á ver poniendo su vuelo por encima de todas las limitaciones de grupos y de pueblos, y haciendo obra para la humanidad entera; porque, señores, sabido es que así como el individuo no puede, por sus fuerzas, por su limitación ingénita, por su espíritu, por su organismo todo, realizar á la vez, y con igual valimiento, todos los órdenes de la actividad humana, sino que cada uno con su propia aptitud y por las circunstancias de la vida, escoge un campo en el cual trabaja (y feliz él si ese

campo coincide con las cualidades fundamentales de su espíritu), de la misma manera los pueblos no pueden realizar á la vez todo el ideal humano; cada uno de ellos se caracteriza por algo que conviene bien con las cualidades fundamentales de su espíritu y lo deja como legado para la obra general humana, para que sea recogido después por los pueblos que no tienen aquella característica y lo sumen con la suya propia. Y ha sido así, juntando los esfuerzos de unos y otros, como se ha ido haciendo la obra común de la civilización. (*Aplausos.*)

Pues bien, señores, faltaríamos á nuestro deber si descuidáramos nosotros, los del tronco hispano, los del tronco latino, el cultivo de nuestra nota propia; si no continuáramos haciendo, de la manera más intensa posible, aquello que podemos dar como obra original y propia al mundo; porque no tenemos derecho á cometer la insensatez de restarle á la humanidad un elemento fundamental de civilización y consentir que ésta quede reducida á una unidad absorbente de las cosas más originales y más propias que el espíritu humano puede hacer, quitándole la variedad de que la obra humana necesita para fructificar y desarrollarse en todos sentidos.

Debemos no olvidar, señores, que así como nadie se forma solo, y no hay espíritu, ni individual ni social, que llegue á representar algo útil en la vida sin haberse fecundado antes con la influencia de todos los espíritus ajenos, nadie

llega tampoco á producir obra útil si no asimila y hace carne y sangre propia las influencias ajenas y si no les imprime el sello de su originalidad, porque solamente entonces es cuando puede presentarse como elemento estimable también para la obra común de la civilización. Y así, no tenéis más que registrar la historia y ver cómo los pueblos que han dejado huellas de su actividad, son pueblos que se han formado al contacto de miles de influencias, como Grecia, ninguno de cuyos elementos fundamentales de civilización dejarían de encontrarse en la civilización oriental; pero son á la vez pueblos que han tenido moldes bastante originales para fundir todo lo ajeno y darle la apariencia de una obra nueva, y le han impreso el sello de su propio espíritu. Así necesitamos ser nosotros: necesitamos cultivar la nota propia, porque ella es lo más grande y más perfecto que podemos entregar á la obra de la civilización, nutriéndola con las más variadas influencias; pero no nos empeñemos en hacer lo que no está dentro de nuestra mentalidad; jamás haremos nada tan bien como aquello que se compadece con nuestra vida espiritual. (*Aplausos.*)

Así, señores, con esta amplitud, con este altruismo dentro del cual no cabe suspicacia de ningún género, así soñé yo la obra esta en aquellos días en que se incubaba en mi espíritu, en que la discutía conmigo mismo y la veía adquirir, cada vez que me enfrentaba con ella, una nueva faceta

de lo que representaba y un nuevo sentido de su significación. Así la soñaba yo, tan grande, tan inmensa; pero, por un efecto que se produce en todos los espíritus que aman verdaderamente la obra y por amarla se sienten pequeños ante ella, cuando llegó el instante de realizarla, en el momento en que la Universidad de Oviedo me dijo: «ve allá; ve á realizarla en nombre nuestro»; todo aquel grandioso fantasma se desvaneció y yo no vi más que la modesta y sencilla visita de un profesor de una Universidad española á las Universidades hispano-americanas: un sitio reclamado en la tribuna, un rato de comunicación intelectual, unas cuantas manos estrechadas, una serie de lazos de afecto creados para el delegado de la Universidad ovetense y para España. Y con esto empecé á poner en ella, desde el primer momento, todo el amor vivo y hondo con que la había engendrado en mi espíritu—porque el amor es engendrador de suyo,—del que emanó en seguida la conciencia, la seguridad de que no me faltarían fuerzas físicas para realizar la obra. Pero ésta, como todo lo que es ideal y por serlo se fecunda á sí propio y por la acción se va ensanchando, fué agrandándose á medida que se realizaba, y recobrando, al contacto propio y ajeno, las proporciones gigantescas con que la soñaba allá en mis soledades de Oviedo; y así vino otra vez á convertirse, ante mis ojos asombrados, como en un cetro de nueva vida para todos los pueblos que hablan el idioma español. (*Aplausos.*)

¿Y en nombre de quién venimos á hacer esa obra? Venimos á hacerla, aparentemente, en nombre de una modesta Universidad provincial de España que piensa en una patria nueva, la patria que todos llevamos en el fondo de nuestra alma y que, por llevarla, la haremos—porque no hay fuerza más grande que la fuerza del querer—con un espíritu que siente, además, con desinterés absoluto, el bien colectivo del mañana, porque acaso no seremos nosotros los que recojamos los frutos. Pero, por eso mismo, nuestra representación excede de la Universidad misma y es, propiamente, la de la España nueva y al mismo tiempo castiza y tradicional en lo más sano de su alma: la España trabajadora, la España abierta de espíritu, la España generosa, la España del programa quijotesco en lo más alto que ella tiene, la España que ha olvidado en absoluto, que quiere olvidar completamente (porque recuerda que ella es la patria de Vitoria y de Concepción Arenal), aquella enfermedad que sufrió en su día, como otras naciones la están sufriendo hoy, de la dominación y del imperialismo del mundo. (*Aplausos.*) Hablamos en nombre de la España que quiere ser así, y que si no fuera así, preferiría dejar de ser, y que apetece lavar sus culpas de imperialismos pasados y quiere ser ahora el porta-estandarte de la fraternidad entre las naciones, el mantenedor de los derechos nacionales y del respeto á todas las independencias. (*Aplausos.*)

Esa España no piensa más que en ser factor útil de la obra de la civilización humana; y comoquiera que en esa labor ella sabe bien que si va con sus solas fuerzas, quizá naufragaría en el camino, viene á vosotras, no sólo á infundiros algo del entusiasmo que ella tiene, sino á pedirnos también vuestra ayuda, para que nosotros salvemos también nuestra crisis, que la tenemos, y juntos podamos elevarnos á ese alto ideal de la patria hispana común, de la patria hispana espiritual que yo aquí, con mi palabra torpe, os he querido pintar, y de la cual estoy seguro que habréis visto, á través de lo torpe de la frase, que no acierta jamás, por mucho que yo la torture, á expresar el fondo de mi pensamiento, habréis visto, digo, por las vibraciones de la palabra misma, todas las cosas que no dije, que están debajo del signo, y que vosotros entenderéis perfectamente. (*Gran ovación.*)

III

Cuba y España.

DISCURSO EN LA RECEPCIÓN DE LA COLONIA ESPAÑOLA (1)

Señor Presidente: El Dr. Altamira tiene la palabra.

Dr. Altamira: Señor Presidente de la República, señor Presidente del Comité central, señoras y señores: Debo profundo agradecimiento al Comité central de la colonia española por haber organizado esta velada; se lo debo, no por lo que pueda cosquillear mi amor propio, sino especialmente, y por encima de toda consideración, porque ello me procura cumplir uno de mis deberes de visitante.

He ido á presentar mis respetos á las altas autoridades centrales y locales; he ido á la que es casa mía desde ahora y asiento propio de mi mi-

(1) Según las notas taquigráficas de una revista habanera.